

VAMOS A HABLAR DE LA IGLESIA Y DE SUS COMIENZOS (3)

La Iglesia se presenta en la historia ante todo como relación con Cristo vivo. El año 30 de nuestra era, al tiempo de la Pascua judía, había tres cruces levantadas a las puertas de Jerusalén. En dos de ellas morían dos criminales de derecho común. La tercera estaba reservada a Jesús de Nazaret según la inscripción que ostentaba el nombre del condenado y el motivo de su suplicio: 'Jesús de Nazaret, rey de los Judíos'. Eran muy frecuentes, por entonces, análogas ejecuciones. Así pues, la ejecución de Jesús hubiera pasado inadvertida, si los discípulos no hubieran visto, a los dos días, aparecer lleno de vida a aquel cuyo cuerpo habían depositado respetuosamente en un sepulcro nuevo.

Para aquellos hombres, la única enseñanza que no podía ponerse en cuestión era que el Maestro estaba presente, que Jesús estaba vivo y esto es exactamente lo que nos han transmitido: el testimonio de un Hombre presente, vivo. El comienzo de la Iglesia es precisamente este conjunto de discípulos, que tras la muerte de Cristo sigue estando unido igualmente. ¿Por qué? Porque Cristo resucitado se hace presente en medio de ellos. Los discípulos atestiguan que está vivo y presente aquel hombre cuyo misterio divino habían aprendido a reconocer gradual y lentamente, siguiendo una trayectoria de certeza progresiva por la que Él, como ya vimos, les había llevado. Nos advierten que Dios no ha venido al mundo, que no se ha establecido como hombre en la historia durante un momento pasajero: Cristo sigue en la historia, en la vida del hombre, personal y realmente, con el rostro de la comunidad cristiana, de la Iglesia. Con su testimonio aquellos primeros discípulos nos transmiten que Dios no bajó a la tierra un instante, Dios vino al mundo para quedarse en el mundo: Cristo es el Emmanuel, Dios con nosotros.

Al leer el comienzo de los Hechos de los Apóstoles se entra en contacto con una convicción cierta de esta presencia. Se nos dice de inmediato que «Después de su pasión, se les presentó dándoles muchas pruebas de que vivía, apareciéndoseles durante cuarenta días» y se especifica que estas apariciones no eran imaginarias porque aquellas tenían lugar, por ejemplo, «mientras estaba sentado con ellos en la mesa».



Y este mismo tipo de observaciones acompaña a los relatos de esas apariciones que nos transmiten los evangelistas. Mateo narra la comprensible angustia, ante el sepulcro vacío y la aparición de un ángel, de dos de las mujeres que habían seguido a Jesús, y observa que Él sale familiarmente a su encuentro y les dice: «¡Dios os guarde!». Marcos dice que, tras haberse aparecido a distintas personas, Jesús se deja ver por los once discípulos mientras están juntos comiendo y les echa en cara que no hayan creído a los que le habían visto resucitado. En la aparición que narra Juan, Jesús en la orilla del lago Tiberíades prepara las brasas para asar el pez que acaban de pescar milagrosamente; Lucas recoge la reunión de los discípulos donde se presenta Jesús y ante su asombro trata de tranquilizarles invitándoles a tocarle, a que se den cuenta de que es Él en persona, hasta que para convencerles pide algo de comer.

Son anotaciones que atestiguan simplemente que continúa una presencia familiar; son la traducción en hechos de la expresión «Dios con nosotros». Hay por tanto una continuidad verdadera entre Cristo y este primer núcleo de la Iglesia, y así es como este pequeño grupo de personas comienza su andadura por el mundo: dando continuidad a la vida del hombre Cristo, presente y actuante en medio de ellos.

En los Hechos de los Apóstoles, en el episodio que se narra inmediatamente después, en el mismo capítulo primero dice: «Todos ellos perseveraban en la oración con un mismo espíritu en compañía de algunas mujeres, de María, la madre de Jesús y de sus hermanos. Uno de aquellos días Pedro se puso en pie en medio de los hermanos —el número de los reunidos era de unos ciento veinte— y les dijo:

‘Hermanos, era preciso que se cumpliera la Escritura en la que el Espíritu Santo, por boca de David, había hablado ya acerca de Judas, que fue el guía de los que prendieron a Jesús. Él era uno de los nuestros y obtuvo un puesto en este ministerio. Este, pues, habiendo comprado un campo con el precio de su iniquidad, cayó de cabeza, se reventó por medio y se derramaron todas sus entrañas. Conviene, pues, que entre los hombres que anduvieron con nosotros todo el tiempo que el Señor Jesús convivió con nosotros, a partir del bautismo de Juan hasta el día en que nos fue llevado, uno de ellos sea constituido testigo con nosotros de su resurrección’.

Presentaron a dos: a José, llamado Barrabás, por sobrenombre Justo, y a Matías. Entonces oraron así: ‘Tú, Señor, que conoces los corazones de todos, muéstranos a cuál de estos dos has elegido, para ocupar en el ministerio del apostolado el puesto del que Judas desertó para irse donde le correspondía’. Echaron suertes y la suerte cayó sobre Matías, que fue agregado al número de los doce apóstoles».

Texto basado en el libro. Curso básico de cristianismo, de Luigi Giussani